

«Para mí, nada puede haber más fantástico que la realidad». Es ésta su faena, precisamente: mostramos la realidad y hacernos percibir nítidamente que su fantasía de escritor, sin desfigurarla, camina por ella dándole de continuo el color y el acento de un mundo recién creado.—H. del S.



<https://doi.org/10.29393/At275-24GMHD10024>

Letras Inglesas. GERARD MANLEY HOPKINS (1), de *Eleanor Ruggles*

Es curioso el destino de Gerard Manley Hopkins. Si en estos días se le considera uno de los más grandes poetas ingleses modernos, fueron muy pocos, mientras vivió, los que supieron que escribía. Diversas razones le impidieron publicar sus poemas. La principal, seguramente, fué la de ser un sacerdote jesuíta que no aceptaba el idioma convencional de los poetas de su tiempo, y de los sacerdotes de toda época que—salvo conocidas excepciones—cuando escriben en verso ponen ritmo y rima al servicio de un bien meditado sermón.

En Oxford, durante su juventud, fué tenido entre sus compañeros por el poeta del grupo. Le admiraban y querían. Era el muchacho imaginativo que inventa mejores cosas que los demás para darle a la vida sabor y color. Sus versos iban de boca en boca. Sus excentricidades eran celebradas abundantemente. Su personalidad se imponía, y no eran pocos—entre profesores y alumnos—los que pronosticaban la fama de Hopkins en un futuro tal vez cercano.

Pero el muchacho poseía una naturaleza apasionada que podía conducirle, repentinamente, lejos de sus amigos. Un día descubrió a Dios y ya no quiso saber sino por qué camino se

---

(1) Gerard Manley Hopkins, by Eleanor Ruggles. (John Lane The Bodley Head London).

está en más estrecha compañía con El. La vocación sacerdotal le apartó de todos. Abrazó la fe católica, inició el noviciado, se convirtió en sacerdote jesuíta. Y Gerard Manley Hopkins comenzó a ser, entre sus compañeros, un recuerdo cada vez más distante.

Pasó el tiempo, y cierto día leyó Hopkins unas poesías de Robert Bridges. Había sido, en Oxford, su amigo. Ahora era un poeta celebrado por una minoría, tal como pudo serlo Hopkins.

Súbitamente, el jesuíta sintió que renacían, en su intimidad, las viejas voces. ¿Podía acallarlas? Fueron más fuertes que él. Le dominaron. Y Hopkins volvió a escribir,

Reanudó su amistad con Robert Bridges. Eran dos hombres destinados a entenderse. Los versos del jesuíta iban a manos de Bridge; y llegaban hasta el sacerdote las cartas de su amigo, llenas de entusiasmo, de un cordial deseo de ver reunidos en volumen aquellos poemas. Hopkins se resistía. Los sacerdotes escriben de otra manera. Ser un poeta original, un auténtico poeta original no es cosa permitida fácilmente, sobre todo cuando el poeta lleva unos hábitos negros que le encierran al otro lado del mundo.

La amistad entre ambos escritores se prolongó hasta la muerte de Hopkins. Fué muy diverso el destino de cada uno de ellos. Robert Bridges llegó a ser el Poeta Laureado de Inglaterra. Gerard Manley Hopkins fué siempre un sacerdote melancólico, solitario, en diaria lucha con su naturaleza apasionada.

Hopkins murió el 8 de junio de 1889. Sus últimas palabras: «¡Soy tan feliz, tan feliz!», hicieron derramar alguna lágrima al Padre Wheeler, que le cerró los ojos. Después el Padre Wheeler abrió los cajones de Gerard Manley Hopkins, registró de prisa sus papeles, y destruyó los que no fueron de su gusto. Muchos de sus apuntes pasaron a poder del Padre Browne, su sucesor en la cátedra de griego. Todo lo demás se

envió a Robert Bridges, que ya poseía suficiente material para edificar la fama del poeta muerto.

Pero sus poemas y su correspondencia no se publicaron en seguida. Los primeros, con una introducción de Bridges, no aparecieron hasta 1918. Las cartas vinieron después.

Al principio, la poesía de Hopkins desorientó. No se acostumbraban los oídos a su verso audaz, renovador, no pocas veces obscuro. Pero los jóvenes le descubrieron de pronto. ¿Quién era aquel hombre de otra época que hablaba como ellos, tan actual, desasosegado y profundo? Le convirtieron en el precursor, en el poeta que repartía anchamente su influjo con voz desvelada, de insomnio afebrado, quemante.

Desde entonces, cada vez son más numerosos los estudios de su vida y de su obra. Este que ahora publica Eleanor Ruggles puede, sin duda, contarse entre los buenos. Por sus páginas cruza, despacioso, ensimismado, el jesuíta que todo lo amó desesperadamente, con la abundante fuerza del solitario que rompe las cadenas de su agonía y dialoga con ellas, agitándolas en la noche.



JENNY VILLIERS (2), de *J. B. Priestley*

La popularidad de un pugilista, de un político, de un jugador de fútbol supera inmensamente a la que puede alcanzar un escritor. Algunos se quejan de esto y tratan de explicarlo con amarga filosofía. En realidad, no es cosa nueva y nada tiene que hacer, verdaderamente, con el auténtico valor que puede poseer la obra de un novelista, un dramaturgo, o un poeta. Cuando un pugilista es popular y todo el mundo se detiene a mirarle por la calle, no cabe duda de que es un buen pu-

---

(2) *Jenny Villiers*, by J. B. Priestley. (William Heinemann, London).